

EDITORIAL

Harlan Oliva Regidor

Estampas de Jinotega



Nací en la ciudad de Jinotega un 13 de diciembre de 1981, en el seno de esas viejas familias religiosas que eran tan comunes en la geografía nicaragüense. Mi abuelita materna, Jenny de Regidor, padecía cáncer, y mi madre se dedicaba por completo a cuidarla. Pasaron tres años de mi nacimiento y mi madre después de oír que en la esquina de mi casa los tropeles de un caballo, tal vez «El Cadejo», me llevó presurosa a la parroquia San Juan a recibir las aguas bautismales un 13 de julio de 1984. En Jinotega, como en todos los departamentos de Nicaragua, abundaban esos mitos y leyendas tan autóctonas que, por cierto, han ido desaparecido. En Jinotega salía: «El Caballo Mico»; «El Cadejo»; «La Cegua»; «El Mico»; «El Duende» y quien sabe cuántos espectros más. Y pensando en la geografía de jinotegana también tenemos el cerro «El Diablo» y la misma Peña de la Cruz, puesta en la cima del cerro Chirinagua para contra restar el espíritu de la brujería. De la tradición oral también nos llegó «El Príncipe del Gobiado» quien asechaba las montañas y de vez en cuando llegaba a la ciudad a buscar a quienes se habían quedado en las calles ebrios de amores y de alcohol.

En la Jinotega de los años 20 la gente era muy religiosa. Un buen día movidos por fe, el Jefe Político del Católico Gobierno Conservador don Salvador Machado, el Alcalde Municipal don Bartolomé Moreira, el Juez de Distrito; don Benito Rosales todos miembros conspicuos de la «Comisión Pro Celebración de una Semana Santa Digna» decidieron que no era propio que la imagen de Jesús entrara triunfante en un burro, aunque le llamaran «pollino», y fueron a solicitarle al doctor Trinidad Castellón, que además de médico era criador y exportador de mulas finas, que les vendiera o donara una mula de calidad acorde a la dignidad del «pollino cabalgante». Llenos de regocijo salieron del templo en procesión con las palmas, el burro medio asustado con las bombas y ejecución de la banda musical del maestro Nemesio Pastrana, empezó eufórico a relinchar y botó de su lomo la imagen de Jesús Triunfante. Aquel acto del burro casi lo llevó a la hoguera,

el burro iba a ser sacrificado por tan inconmensurable acto. El cura párroco decidió mejor excomulgar al burro. Aquel escenario donde ocurrió tal «tragedia» se decidió nombrar «Barrio San Antonio», para recordar al San Antonio de Padua y «el milagro de la mula». En la vida del santo portugués se dice que una mula dobló sus patas ante la custodia cuando el santo franciscano le ordenó que rindiera reverencia a su Creador. Historias no tan homónimas, pero forman parte de la tradicional oral.

En la ciudad la ciudad de mi infancia también se hablaba del viejo escultor de Jesús Nazareno, un artesano de Masaya que había llegado explícitamente a esculpir la imagen del Nazareno en la casa de mi vecina, doña Anita González de Peñalosa. Se decía que la imagen le había hablado al escultor, luego de comentar el suceso el hombre murió de la impresión.

La familia de don Blas Miguel Molina fue casi propietaria de todo el Municipio de San Sebastián de Yalí. Don Blas, tampoco muy querido por ser un fuerte terrateniente, llegó a ser el primer diputado de este municipio. En el mito popular se decía que «La Mocuana», era la proveedora de su buena fortuna y que vivía luego en la residencia de don Chon Molina como una herencia generacional. Como sabemos, La Mocuana es esa extraña doncella de rasgos antropomórficos muy presente en las leyendas nicaragüenses. En Jinotega, Los Molina estuvieron muy asociados a ese mito.

Cursaba cuarto grado de primaria en la Escuela Gabriela Mistral y recuerdo perfectamente el nombre de Néstor Enrique Herrera, compañero de clase. Cierta día, Néstor apreció viendo un hombrecillo verde y pequeño en todos los lugares de su casa, vivía con su tía, la Niña Zoila Pineda; una de esas santas mujeres que se guardaban para el servicio de la iglesia; fue fiel servidora del querido padre Alberto Valencia y Villegas. Era una casa antigua donde también se vendía pan ocasionalmente.

La casa de la Niña Zoila, distaba a unas tres cuadras de la escuela, ahí salían volando los trastes y todos los utensilios de cocina sin explicación alguna, todos querían ver a Néstor que era acosado por un duende, estaba más pálido de lo que era. No tenía color, era sombra de su sombra. El cuento del duende se espació por todo el pueblo y eran cientos de personas afuera de aquella casa queriendo presenciar el inusual espectáculo. El padre Douglas Araica Zeledón revestido de sotana blanca llegó a exorcizar la casa y el duendecillo se calmó por un tiempo, a Néstor se lo llevaron de Jinotega y nunca lo volví a ver. En la Escuela Mistral que era dirigida por la maestra Esperancita Chavarría de Pineda inicié a declamar y participar en los actos culturales con cierto liderazgo, mis compañeros me eligieron presidente de quinto y sexto grado. Más tarde, ingresé a estudiar mi secundaria en el Instituto Nacional Benjamín Zeledón, cuando aún estaba bajo la dirección del connotado maestro Alfonso Hernández.

No podría olvidar que los chavalos se iban a bañar en La Poza de los Milagros, donde, según la gente se llevaba a bañar muy antiguamente la imagen de Cristo Crucificado. Era un sitio hermoso, pero el tiempo lo volvió un basurero común, aún la poza se resiste a morir. Así fue esa vieja Jinotega en la yo crecí, escuchando un cúmulo de creencias y leyendas que han quedado en el olvido. Esa atmósfera de mitos y santos están apresados en mis días de infancia y juventud.

Un tiempo que hoy es pasado

Hace algunos años Jinotega no había crecido tanto, todas las familias nos conocíamos y estrechábamos cierto grado de aprecio, afecto y también cariño. Crecí el corazón de Jinotega, muy cercano al templo parroquial. En la única Calle Real recuerdo que vivían muchas de esas familias notables y queridas de Jinotega: Los Castellones, Los López Rizo, Los Chaves, Los Zamora, Las Cifuentes, Las Pastora, Los Zeas, Las Palacios, Los Meneses Cantarero, casi todos ellos tuvieron amistad con mis abuelos maternos quienes gozaron del aprecio de la sociedad de su época. Pasaba con mi madre por la Calle Real para asistir a misa, y así recuerdo los nombres de algunos caballeros de antaño: don Amando López, don Luis Zeas, don Moncho Gadea, don Rafael Castellón, don Simeón Rizo Gadea, don Mundo Meneses aquellos hombres con que Jinotega había nacido como ciudad y que eran museos vivientes, anidan en ellos mil historias; recuerdo muy bien la figura de don Simeón Rizo Gadea, a quien evoco nonagenario. Don Simeón tuvo el privilegio de vivir cien años.

Conocí a unas cuantas eminencias de la ciudad, eran personas queridas y respetadas por todos no solo por los años manifestados en sus cabellos de plata, sino por su capacidad intelectual. María Luisa Lezama de Agurto se llamaba una de esas eminencias, cuando conocí a la maestra Luisita creo que tenía como 90 años. Nació la docta maestra en 1899. Su hermana también maestra Paquita Lezama, era otra connotada personalidad de la educación y la cultura. La maestra Paquita guardaba cercana amistad con Monseñor Pedro Vílchez y colaboraba mucho en la parroquia San Juan. La maestra Paquita vio en mí algunas habilidades para las artes y me invitó arreglar una procesión para épocas de Semana Santa. El encomio asignado fue del agrado de las hermanas Lezama quienes luego me pidieron ayudar arreglar con ellas la procesión de la Dolorosa, inicié con ellas los arreglos de Semana Santa y despertaron mis habilidades en las artes que se desarrollaron mucho más cuando pasé arreglar el Monumento de Catedral San Juan con doña Carmencita de Blandón. Hice muchos amigos, sobre todo, personas que me redoblaban y quintuplicaban mi edad.

En esta semiósfera cultural me vinculé con toda una generación de personas que colaboraban en la iglesia: fe, intelectualidad y arte. En su mayoría tenían un vínculo de amistad con mi familia, sobre todo, con mi abuelita Jenny de Regidor, quien se destacó en el arte de la dramaturgia. Absorbí todas esas anécdotas que se decían de la construcción de la iglesia, de sus imágenes, de sus costumbres y tradiciones y me senté a la mesa de la memoria a degustar como sibarita las conversaciones de doña Carmen de Blandón, doña Nachita Jarquín de Palacios, entre otras personas que mi madre frecuentaba por su trabajo. En la iglesia hice muchos amigos y con ellos bogué en muchas experiencias. Gratos recuerdos del padre Eliar, el padre Francisco, el padre Douglas, el padre Paco y Monseñor Vílchez; varios de mis contemporáneos luego se ordenaron sacerdotes. Mis intenciones para la vida consagrada no eran tan fuertes, no tenía ese don de obediencia tan necesario en esos senderos.

Don Harvey Wells, escuela viviente

Inicié en las artes y el gusto por las letras, y otro amigo de mi abuelita se convirtió en el punto cardinal de mi formación. Don Harvey Wells Möller, quien vivía a cuadra y media de mi casa. El maestro Harvey Wells, era el Quijote del pueblo. El inolvidable Harvey. Tenía por armadura un cúmulo de saberes; en el cinto, lucía una alforja pletórica de libros, y por espada tenía una lengua antigua, culta y señorial.

Cabalgó airoso en su Rocinante para luchar en nuestra villa con los molinos de la ignorancia y la mediocridad. Lo conocí en su crepúsculo iluminado, cuando había retornado a casa, y disfruté de todas sus hazañas, de sus lecciones homéricas, de sus recuerdos de aquella iglesia barroca que alguna vez tuvimos. En 1999 cursaba mi cuarto año de secundaria y con él empecé a conversar sobre libros, con predilección sobre Darío. Yo me empeñaba solo leer a Darío para poder hablar con él, era todo sabiduría. Había leído cientos de libros y tenía la mejor biblioteca de la ciudad.

Imponente y a veces soberbio era el maestro Harvey Wells, como todos esos grandes hombres fue incomprendido por la sociedad en que le tocó vivir. Como decía su sobrina, Anita Wells el maestro Harvey, amigo de pocos, enemigo de muchos, respetado por todos. No recuerdo que alguien se haya atrevido a desafiar su cultura. Fue un maestro con mucha valía en las filas del magisterio a nivel nacional.

Cuando Harvey era estudiante de la UNAN-Managua, llegó al salón a recibir clases de gramática española, su profesora cometió algunos, o mejor dicho varios errores de ortografía, Harvey silente se levantó de su silla y se retiró. Envío una modesta carta expresando su inconformidad al rector magnífico de la universidad,

de aquella misiva recuerdo haber leído la respuesta, en breves líneas decía: *-por ser usted quien hace la observación cambiaremos de profesor-, pero estas decisiones las tomamos cuando son firmadas a petición de todos los estudiantes.* El maestro Harvey se graduó como licenciado en Español en la UNAN en los ochenta, tuvo la oportunidad de hacer gran amistad con el maestro Fidel Coloma y su elegante esposa, doña Margarita López. El maestro Coloma figuraba entre las autoridades más grandes de la obra dariana. Entre sus maestros también estuvo el doctor Francisco Arrellano Oviedo, hoy presidente de la Academia Nicaragüense de la Lengua.

Cuando leía el libro «El hombre mediocre», del filósofo argentino, José Ingenieros, recordaba mucho las latitudes del maestro Harvey. El maestro Harvey aborreció la mediocridad, la sumisión por la fuerza, el servilismo y la obediencia irracional. Su cultura estaba por encima de conocimiento común. Mientras las masas decían «sí», Harvey decía «no» y ofrecía sus razonamientos. Como Próspero, el de «La Tempestad» de Shakespeare tenía un amor admirable por los libros, los atesoraba. Recuerdo la pasta de un viejo libro que guardaba con recelo, eran las memorias de fray Antonio Margil de Jesús, un libro con más de 200 años. Hablaba de la presencia de los primeros misioneros que habían llegado a Las Segovias y con el maestro Harvey nacieron también mi curiosidad sobre la historia de Jinotega. Murió en el 2009 y pasó a vivir en la memoria de la historia. La semilla que esparció dio sus frutos en toda una generación de jóvenes que junto a él empezaron a incursionar en las sendas del saber, mencionarían dos de ellos: Saúl Cano y Jilmer Rizo, en quienes hay influjo visibles de este extraordinario paradigma.

Tan solo eso, maestro

En el año 2010 Me gradué de licenciado en Ciencias de la Educación con especialidad literatura hispanoamericana. Pero desde el año 2001 ingresé a las filas del magisterio, desempeñándome primero como maestro sustituto en el Instituto Nacional Augusto César Sandino, luego asumí tres niveles de secundaria en el Colegio Juan Pablo II. Fui feliz cuando me dieron cuarto año, porque podía enseñar a los precursores del modernismo, y hablar con mis alumnos de la obra de Darío. Luego pasé al Colegio La Salle, donde estuve un corto período como maestro de primaria, pasé una experiencia terrible no con los alumnos, sino con su director, el padre Ricardo Martín Rodríguez, quien no solo me despidió injustamente, sino me imputó graves acusaciones sin fundamento alguno. Recuerdo perfectamente que los alumnos que reprobaban mi clase pasan por arte de magia. Empecé a buscar nuevas opciones y me incorporé a trabajar en La Cuculmeca como facilitador social, entré a un mundo un tanto desconocido, pero

que pronto abrió mi mente a las realidades de los pobres y campesinos en el campo. La Cuculmecca me llevó a conocer todos los municipios de Jinotega: atravesé ríos, escalé cerros, caminé entre la maleza y recorrí entre los vientos de norte a sur muchas comunidades del departamento y más allá. La Cuculmecca fue mi otra universidad, la universidad que me permitió enseñar a las mujeres, a los jóvenes y campesinos que eran sujetos de derecho y protagonistas de su propio desarrollo. Trabajaba dentro del Programa de Participación Ciudadana, tuve un jefe de carácter férreo, pero con una aguda inteligencia, don Harmel DallaTorre Salguera; de quien también aprendí mucho. La Cuculmecca estaba bajo la coordinación de Rita Muckenhirn de origen germano, pero con alma y corazón jinotegano. Fue esta institución la que desarrolló en mis otras capacidades en la administración técnica de proyectos sociales y que luego me abrió nuevos horizontes.

Me incorporé a trabajar en la Universidad Martín Lutero, hice mis primeros estudios de maestría y tuve como profesora a la doctora Addis Díaz Cárcamo, quien se convirtió en una especie de «antropoepifanía»; con estudios en Alemania y con una capacidad admirable; la doctora Díaz despertó en mí el gusto por la antropología filosófica, con ella empecé a leer a los humanistas franceses. Sus estudios sobre la poesía metafísica de Alfonso Cortés abrieron mis curiosidades y constante necesidad de aprendizaje. Cuanto filósofo y pensador mencionaba la doctora Addis, lo anotaba e iba a buscar sus referencias, así me encontré con Nietzsche cuya obra movió muchas de mis concepciones ideológicas. Humanamente pasé de mi Edad Media, a mi Siglo de las Luces. En el año 2011, decidí lanzarme a una nueva aventura, me trasladé a Panamá a trabajar en proyectos sociales con Gesaworld, Barcelona con sede en Ciudad Panamá.

Trabajé de igual manera en proyectos sociales con atención a poblaciones vulnerables. Sin ser antropólogo me tocó introducirme en la selva y la montaña para conocer las realidades de las poblaciones indígenas de Panamá, así tuve la oportunidad de conocer la cosmovisión de los pueblos aborígenes a nivel nacional, es quizás una de las experiencias más gratas de mi vida profesional. Recorrí casi por completo el Océano Pacífico para investigar las realidades de los indígenas asentados en Darién y Guna Yala. Los Guna me bautizaron y me llamaron «Olo-wiwi», o sea, «plata pequeña que cura»; aprendí a comprender sus realidades socio-culturales. En las selvas amazónicas del Darién, estuve también con miembros de la FARC (Fuerza Armada Revolucionaria de Colombia), quienes buscaban a los indígenas para obtener medicina tradicional para curar la leishmaniosis. En esta oportunidad recuerdo haberme encontrado a muchos desplazados y grupos de inmigrantes que pasan en la frontera de Colombia en busca del sueño americano.

Mis intentos de escritor

Empecé a escribir con cierta frecuencia ensayos para las jornadas científicas de la UNAN-Matagalpa. Participé en los concursos académicos animado por la profesora Eneyda Morraz y la profesora Maritza Guerrero quienes era mis profesoras. Recuerdo dos trabajos con los que me di a conocer en la UNAN: «El Español de América» y «El impresionismo en los cuentos de *Azul*» **...En Panamá,** han nacido mis cuatro libros iniciado con *Jinotega en Versos*, la primera antología de poesía de Jinotega. En esta obra tuve el apoyo de tres amigos académicos: **don Eddy Kühl, don Francisco Arrellano Oviedo y doña Nydia Palacios Vivas.** **Animado por otros amigos: Leyla Torres, Anita Wells, Eddy Kühl, Eneyda Morraz y Alexander Soza-Cano** seguí con estos intentos de escribir más sobre Jinotega, y con ciertas falencias que el tiempo me invitado a superar.

Y nació después *San Juan de Jinotega, una mirada a la historia*. Que es, sobre todo, un libro autobiográfico. Quise pintar un lienzo de recuerdos, hacer metáforas con hilos de melancolía. Sentir el rocío y la brisa prístina de la otredad. Y empecé a escribir *San Juan de Jinotega*, para hacer remembranzas de la gratitud del corazón. Contar esas historias que aprendí de niño y escribir sobre esas tradiciones de la iglesia con las que crecí.

Mis libros me han producido mucha satisfacción, de igual manera, han suscitado molestias e inconformidades, poniendo a mis amigos más cercanos en medianos aprietos. Mi libro *San Juan de Jinotega*, por ejemplo, no fue grato a Monseñor Enrique Herrera, obispo de Jinotega, quien ordenó que se escribiera una carta en contra de mi libro y pidió la firma de todos los miembros del clero. Hasta mis amigos sacerdotes tuvieron que firmar en mi contra, pero yo los juzgué, comprendí su sentido de obediencia.

La historia es maestra y nos muestra que estas cosas han pasado antes, en otras ciudades, en otros tiempos. Así que no debe haber asombro. Como dice el filósofo argentino José Ingenieros: «La incapacidad de crear obliga a destruir. Su falta de inspiración le induce a rumiar el talento ajeno».

Reedito nuevamente *San Juan de Jinotega* y para cerrar el año 2017, que se cumplen 150 años del natalicio de Rubén Darío escribí: *Rubén Darío en Panamá*, que está siendo revisado por la profesora Margarita Vásquez, actual presidente de la Academia Panameña de la Lengua. Y a mí suelo materno, le dedico otra obra que tiene por título *Jinotega en la educación nicaragüense*. Es mi homenaje a los maestros de mi natal Jinotega. Mis libros no son precisamente de un experto, no son de un historiador, sino de un hombre que se llevó a su pueblo en lo profundo de su corazón. No escribo para multitudes, sino para unos cuantos amigos que, al igual que yo se interesan en hacer memoria del pasado.

El oficio de escribir es gratificante cuando es útil a la sociedad, cuando contribuye a la formación de la identidad y la cultura de los pueblos. Hoy, con mis altos y bajos me desempeño como profesor de la Universidad Interamericana de Panamá, en esta misma universidad hice estudios de maestría en Gerencia de Proyectos. Actualmente, formo parte del personal docente e imparto clases de Español y algunas asignatura de Ciencias de la Comunicación. No soy escritor, ni tampoco historiador, pretendo solo un título: maestro, es con la palabra que me reconozco, con la que me identifico, es lo único que soy. Soy un maestro intrépido que lee y de vez en cuando escribe añoranzas de su pueblo y de su patria.

Considero oportuno agradecer a don José Mejía Lacayo, editor de la revista, así como a todos los miembros del equipo de Revista Temas Nicaragüenses que me han acogido como parte de su equipo. Nuevamente, gracias. ■